

Hoy tomamos como oficial el punto de vista de uno de los mejores conocedores de don Milani. Periodista y, más que octogenario, muy lúcido insiste, desde que conoció a don Milani en 1958, en legitimar una interpretación laica de su figura, contra los diversos intentos de reintegrar al cura *íncmodo* en la iglesia piadosa de hoy, y en recuperar los documentos originales

...Por fin encontramos una maestra

*Giorgio Pecorini, periodista
Volterra (Siena)
(traducción de José Miguel Castelo)*

Don Lorenzo Milani: a casi medio siglo de su muerte (26 de junio de 1967, un mes y un día después de haber cumplido los 44 años) pocos saben, al menos con una aproximación suficiente, quién era en realidad y qué hizo y dijo verdaderamente en los 44 intensos años de su corta vida de, por supuesto, cura, pero también de hombre, de ciudadano, de maestro. En compensación, muchísimos lo citan a ojo y lo usan sin fundamento para reforzar sus propias ideas y llevar el agua al molino de sus propios intereses políticos y/o culturales. Hay, en suma, una gran confusión, favorecida por la aparición intermitente de pequeños textos fragmentarios incontrolables, por la inaccesibilidad de tantos manuscritos o documentos, por la mezcla de anécdotas no verificadas y de citas incompletas casi nunca referidas a fuentes fidedignas y verificables. Transcripciones diferentes de un mismo texto. Nombres omitidos o cambiados. Palabras aproximadas o distorsionadas por la dificultad de descifrar el manuscrito o por exceso de prudencia, o por simple torpeza. Cosas que prolongan la imposibilidad de imprimir ediciones orgánicas críticas o fiables de todos los escritos. Incluso que manipulan u ocultan las pocas que existen.

El resultado es un florecer de baratijas, entre escuálido y patético, en libros, cuadernos y opúsculos que se amontonan en las librerías hasta aplastar los escasos estudios serios. Aparte la carencia más absoluta de estilo en artículos de revista y prensa, sin olvidar la radio, la televisión, los cómics y hasta los discursos del parlamento. Un triunfante festival de la confusión.

El problema está en que no existe un tamiz, falta una brújula para orientarse, una guía de

la que poderse fiar para lecturas acertadas y valoraciones honestas. Falta ese trabajo científico preciso, y al mismo tiempo afectuoso, pero sin afán de restauración, que sólo será posible con todos los materiales existentes en la mano: manuscritos, grabaciones, apuntes de proyectos y bocetos de vida y de trabajo.

Es el clásico problema de cualquier herencia ética y cultural: las dudas, los retrasos, las desconfianzas, las envidias de los herederos directos e indirectos de un pensamiento y de una acción que no pueden quedarse en la memoria individual privada, que no soportan la exclusividad, que rechazan las apropiaciones. Pero con un Milani cura y, al mismo tiempo, hombre, ciudadano y maestro a su manera, el problema se complica y se multiplica: su herencia se reparte entre clérigos y laicos, creyentes y ateos, intelectuales y analfabetos, descubridores póstumos y testigos supervivientes. Y estos últimos, en vías de extinción –con la ayuda del Registro civil–, tienen también la obligación de verbalizar todo lo que saben: Adele Corradi, por ejemplo.

Quien, mucho o poco, bien o mal, sepa ya algo de don Lorenzo Milani y trate de saber más, y quien se le acerque ahora por primera vez con alguna curiosidad, no tiene más remedio que cruzarse con el nombre de Adele Corradi: pero ella ¿quién es?

Adele Corradi es hoy una profesora anciana jubilada. Nació en Florencia en 1924 (un año después que Don Lorenzo Milani) en una familia de la buena burguesía. Del colegio al instituto, en escuelas públicas mediocres, sin ningún mentor. Licenciada tardía en Letras y una oposición en los años cincuenta; con un rosario de suplencias en colegios nacio-

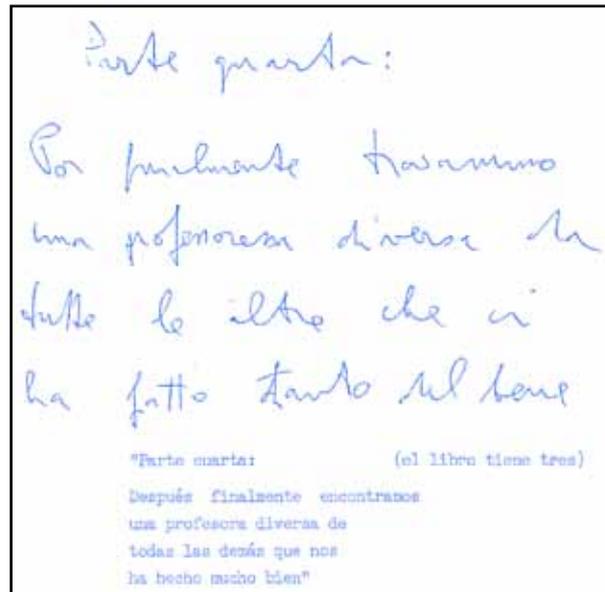
L
O
O
F
I
C
I
A
L

nales o habilitados de la periferia florentina hasta 1963: año de su giro y el del país.

Fue en 1963 cuando llegaron, a Italia, (con quince años de retraso sobre la Constitución) la prolongación de la escuela media obligatoria y única [hasta los 14 años] y, a Adele Corradi, su plaza (traslado desde la provisional de Pozzolatice, en Imprunetta, a la hija de Castelfiorentino). Desde allí, el 29 de septiembre, al poco de su nombramiento y la víspera de su toma

de posesión, sube por primera vez a Barbiana con una joven colega que de vez en cuando iba allí: de oídas había intuído que se ponían en práctica los presupuestos culturales y éticos sobre los que –en teoría– se basaba la nueva institución escolar: “*remover los obstáculos culturales y sociales que –limitando de hecho la libertad y la igualdad de los ciudadanos– impiden el pleno desarrollo de la persona humana y la efectiva participación de todos los trabajadores en la organización política, económica y social del país*” (artículo 3º de la Constitución). Así fue como se le iluminó la mente y cambió su vida: admitida sin examen, caso único en aquella comunidad educativa y autoeducativa, ya no se alejó más, aun permaneciendo siempre en la escuela pública estatal.

Durante todo el curso 63-64, hizo ida y vuelta desde Castelfiorentino, 40 Km al suroeste de Florencia, hasta Barbiana, que dista lo mismo pero al otro lado, al nordeste. El año siguiente consiguió que la trasladaran a la escuela media estatal de Borgo San Lorenzo: a sólo 15 Km de Barbiana.



Poco después, obligado Don Lorenzo por el agravamiento de su dolencia (enfermedad de Hodgkin) a frecuentes ingresos en Florencia para análisis y curas, Adele alquiló una habitación en una casa cerca de la casa parroquial: así podía dedicar todo el tiempo que le quedaba libre de su horario en la pública de Borgo, al trabajo y a la vida de aquella otra escuela privada en Barbiana. Y allí permaneció dos años después de la muerte de don Milani, hasta que las últimas familias que soportaban aquel desierto se fueron: la carretera seguía siendo la misma que ellos habían abierto y que cada vez que llovía quedaba inutilizable por los derrumbes; la luz eléctrica, sólo desde dos años antes, pero el acueducto aún no estaba hecho; el teléfono (una línea pública) sólo llegó tres meses después del entierro del cura. En la escuela media de Borgo continuó enseñando después hasta el 74. Luego vino su traslado al Galluzzo, extrarradio de Florencia, hasta que llegó la jubilación.

Nada más recibir del editor los primeros ejemplares de la *Carta a una maestra* y, desde la cama en la que moriría pocas semanas después, Don Milani cogió uno

del paquete y se lo dio a Adele: como el libro está dividido en tres partes, escribió esta dedicatoria:

Parte cuarta: más tarde, por fin, encontramos una maestra distinta de todas las demás, que nos ha hecho tanto bien.

Distinta ciertamente, Adele, del resto de los testigos; más de una vez protagonista de los últimos cuatro años de la escuela de Barbiana, a causa del privilegio y el esfuerzo de

permanecer y ver desde dentro, día a día, cómo su creador vivía y sufría insultos, calumnias, injusticias, malas interpretaciones, manipulaciones, incluso amenazas de obispos, de otros curas, de periodistas y de políticos fascistas de todo tipo. Su técnica de defensa y de contraataque. Su redacción de la réplica *a los curas castrenses* y de su *carta a los jueces*. Las ansias, los temores y también los consuelos y las esperanzas de su relación con los chicos. Las instrumentalizaciones y las contradicciones de su diálogo con los intelectuales, los laicos, los ateos, los herejes, los comunistas. Los motivos de sus silencios. El objetivo de sus invectivas.

Esto explica que inmediatamente después de la muerte de Milani, y con más insistencia cada vez –a medida que brotaban con los años historias e interpretaciones discutibles sobre su vida y su escuela– nunca se haya dejado de empujar a Adele a ¡que se decidiera a sacar a la luz sus recuerdos y observaciones! Lo han hecho muchos, cada cual con su propio estilo, pero todos con el convencimiento de la importancia o, incluso, de la necesidad de hacerlo. Nadie se esperaba revelaciones;



todos suponíamos aportaciones a la aventura de aquel hombre, ciudadano, maestro y cura, que rectificaran tópicos vacíos (misoginia, dureza, lenguaje procaz, comunismo, etc.). Así como, ojalá, que reconstruyeran documentalmente algunos de los muchos sucesos incompletos o deformados por el decir popular más o menos repetido (expulsión de los burgueses, huelga de párroco, repudio del Catecismo, disputa con el Obispo, descubrimiento de la escritura colectiva, etc). Y Adele siempre diciendo que no a todos, con una gracia especial. Hasta que de pronto, a finales de 2009, anunció que estaba convencida; es más, que había comenzado a escribir.

Nos quedamos todos impresionados y contentos, pero quizá yo más que nadie por mi parti-

cular situación personal de “pez fuera del agua”. Mejor: de pez incrédulo inmerso en el mar de una parroquia católica.

A don Lorenzo Milani lo había conocido el 16 de octubre de 1958. Sus *Experiencias Pastorales* habían salido pocos meses antes y ya habían levantado un avispero de discusiones y polémicas, preludio de la intervención secuestradora del Santo Oficio: subí a Barbiana para entrevistarle en un reportaje de *El Europeo* acerca de los problemas de las parroquias, y honestamente me declaré católico sólo en el censo. Superado el desconcertante “examen de admisión” que Milani imponía a todo el que llegaba nuevo (baste entre todos el espléndido y conmovedor testimonio del político Pietro Ingrao [*Testimonianze* 100, 1967], surgió inmediatamente un clima de cor-

dialidad y confianza, rápidamente transformado en una amistad que duró hasta su muerte y que aún se mantiene con muchos alumnos y con sus familiares. Una relación y una amistad que queda entre las experiencias más intensas y determinantes de mi vida, sin haber afectado mi incredulidad laica. Que ha comprometido la vida de mi mujer y de mis hijos, igualmente inmunes a las conversiones.

Cuando en septiembre del 63 la profesora Corradi apareció en Barbiana, mi relación –físicamente intermitente (yo vivía en Milán), pero epistolarmente cada vez más frecuente con don Lorenzo y su escuela– duraba ya cinco años. El primer encuentro con ella no lo recuerdo. Pero en todos los encuentros sucesivos me convencía más de su doble papel en aquella singular escue-



G. Pecorini con Adele y J.L. Corzo en 1995.

la-comunidad: técnico, como profesora auxiliar y de apoyo al esfuerzo de don Lorenzo y al trabajo de los chicos; social, como ayuda para acercar y unir el microcosmos de Barbiana con el resto de Italia y del mundo. Lo que yo —extraño a su “empresa”, como don Milani llamaba a la Iglesia— vislumbraba esporádicamente y de lejos, ella, creyente practicante, lo observaba y vivía a diario desde dentro: en resumen, que un futuro testimonio en común habría podido certificar mejor la verdad objetiva y, sobre todo, la potencia laica de una propuesta al mismo tiempo cultural y ética que, personalmente me apremiaba sólo como ciudadano, pero a ella, también como creyente.

En cuanto me llegó en los últimos días de 2010, me sumergí a leer su manuscrito (la vieja profesora maneja como una jovencita el ordenador para la correspondencia e internet, pero ahí no:

pluma y papel a rayas, como para los trabajos en el colegio) y he salido de él sorprendido al mismo tiempo que conmovido.

Sorprendido, porque me esperaba una cosa muy distinta, mucho más lineal y normal, pero en cualquier caso distinta: testimonios de momentos vitales y sucesos que con frecuencia nos han llegado de manera parcial y/o distorsionados, por buena o mala fe, a la espera de ser reconstruidos y comprendidos de manera justa y, por lo tanto, de ser juzgados con honestidad. Sin embargo, me lo encontraba todo mezclado y revuelto, sin tener en cuenta la cronología, sin preocupación alguna por establecer jerarquías. Conmovido, por la verdad, el valor, el pudor, la belleza, la ejemplaridad de los recuerdos-confesión revueltos sin orden.

Confío en que le suceda lo mismo —y se lo deseo— a quien, cuando coja en sus manos este librito para aprender alguna cosa más sobre los hechos

de don Lorenzo Milani y de la escuela de Barbiana, se vea envuelto en una ola de emociones y descubra cada vez más la intensidad creciente de una relación afectiva total y, al mismo tiempo, púdicamente contenida. Y terminará sintiéndose ahí dentro, a medias entre el estupor de la sorpresa y la tentación de implicarse. Compensando la pérdida de ulteriores noticias con la ventaja de una mejor comprensión de cómo era la auténtica atmósfera de la comunidad barbianesa; del porqué también un ateo, sinceramente no devoto, pudiera ser acogido en igualdad de condiciones y sentirse a gusto. Cómo pudiera sentirse allí un creyente, no sabría decirlo. Me atrevo, sin embargo, a suponer que también él se sentiría a gusto, en la medida directamente proporcional a su propia y sufrida coherencia. ■

(Testimonio final en el libro de A. Corradi, pp. 143-149).